

to, de aquellos artífices que aparecían ya de una manera evidente en la época en que no se luchaba, sin embargo, precisamente contra el espíritu cristiano, pero que degeneraron muy pronto en hinchazón y en carencia de natural, á medida que el arte antiguo se convertía intencionalmente en objeto de odio. Riehl dice con razón que ningún período artístico ha tenido una época de floración tan corta como el Renacimiento. Esto es fácil de comprender, ya que, cuando el Renacimiento vió la luz, llevaba ya sobre su frente el estigma del amaneramiento. ⁽¹⁾

El segundo punto de que aquí se trata es el contraste entre la humanidad y el Humanismo, contraste que reaparece continuamente. El Humanismo, que toma al hombre y á la naturaleza tales como son, no admite otra ley que la de la verdad natural. Pero ya hemos dicho más arriba, al hablar de la escultura, que se imponen límites al arte relativamente á la representación de ciertas formas y de ciertas acciones, dada la corrupción lamentable que existe en lo sensible, límites que no puede franquear sin dañarse á sí misma y á las demás artes. La verdad de los objetos y de las acciones sensibles no justifica su representación por el arte, sino únicamente el acuerdo de la cosa efectiva con lo que es verdadero y bueno ante la razón y la conciencia; por consiguiente, sólo la verdad moral. Un cuadro ó un libro pueden representar fielmente una inmoralidad. Entonces representan una inmoralidad verdadera, tal como existe en la realidad; pero no se encuentra en el fondo más que ese espíritu de mentira y de maldad que ha producido el hecho ó la misma cosa pintada. Ahora bien, ésta ciertamente no ennoblecería, ni con mayor razón justificaría su exterior inmoral. Según esto, es sumamente claro que la misión del arte y la legitimidad de su ejercicio no deben ser juzgadas según las leyes de la simple verdad natural, sino según los preceptos de la belleza intelectual moral y religiosa; por consiguiente, no según

(1) Riehl, *Culturstudien aus drei Jahrhunderten*, 129. Cf. Burckhardt, *Cicerone*, (4) II, 743, 755.

la manera de ver del Humanismo, sino según la de la humanidad, es decir, del Cristianismo.

Si los representantes y defensores del Renacimiento quieren reconocer estos dos principios, encontrarán siempre en la Iglesia una amiga de sus tendencias, del mismo modo que Ignacio de Loyola y Carlos Borromeo le eran favorables, por cuanto esperaban ver al espíritu cristiano transformarlo un día en instrumento útil. Sin embargo, y para decirlo de una vez, preciso es que de antemano estemos completamente de acuerdo sobre este punto, á saber, que el pleno dominio sobre todas las formas artísticas y sobre todo ejercicio de arte conviene al espíritu cristiano. Ahora bien, el espíritu cristiano del arte es, desde el primer momento, el espíritu de la fe viviente sobrenatural, y, en segundo lugar, el espíritu de castidad, no de esa castidad de que hablan á veces los estéticos del Humanismo, á propósito del pudor de la *Mege* de Medicis, y de las formas púdicas del Ticiano, poco más ó menos como un hombre colérico habla de su paciencia y un avaro de su generosidad, sino de aquella castidad, fuera de la cual no hay otra, de la santa, púdica y pura castidad cristiana.

15. Misión del arte cristiano.—¡Plegue á Dios que muy pronto veamos el día en que no discutamos ya palabras, sino que realicemos de común acuerdo bellas acciones, regocijándonos cordialmente de todo lo que se ha hecho de grande y noble, y trabajando todos, con la vista fija en el ideal de la verdadera belleza, para informar nuestra conducta en la santidad de la vida cristiana!

Pero si un artista quiere seguir el camino que conduce á este fin,—y todos somos llamados á ser artistas de la vida—no debe jamás olvidar las palabras del gran historiador del arte: «Todos los que representan asuntos eclesiásticos y religiosos deben estar animados del espíritu de los santos, y aun ser también santos. Esto es evidente. Si semejantes asuntos son representados por artistas de poca fe, que no observen su religión, con frecuencia no producen en el corazón otra cosa que sentimientos inconvenientes y mal-

vados deseos. Esto no quiere decir, con todo, que la representación externa de santos deba ser menos bella; por lo contrario, su belleza debería superar á la belleza profana en el mismo grado que la belleza celestial supera á la terrena. Lo que debe dominar en esta belleza es siempre el pudor y la expresión que convienen al lugar santo y al espectador que quiere edificarse y elevar su alma hacia Dios. Fra Angélico ha pintado santos que se parecen á los santos más que todos los demás, porque él mismo se parecía á ellos más que todos los otros. Un talento artístico tan perfecto sólo podía encontrarse en un hombre tan santo como él. Fra Angélico era, en efecto, un hombre justo y recto, un santo completo. Á propósito de su arte, tenía costumbre de decir estas palabras: «El que quiera hacer obras que tengan relación con Jesucristo, debe vivir en íntimo comercio con Jesucristo.» ⁽¹⁾

(1) Vasari, *Vita de' pittori*, etc. Florencia, 1568, I, 362.

CUARTA PARTE

LA VIDA CRISTIANA

CONFERENCIA XIX

LA REGENERACIÓN

1. **Honorabilidad y dificultad del cambio y de la renovación.**—A principios del siglo XIII, vivía en Siena un joven, que, aun para la Edad Media, que tantos grandiosos ejemplos de pecados y de penitencias ofreció, llevaba una vida extraordinaria. Ya antes de su nacimiento, tuvo su madre una visión, según la cual daría á luz un monstruo horrible, que poco á poco tomaría forma humana. Y así fué en efecto. Desde la infancia, de tal modo se adelantó Franco á su edad en materia de vicios, que bien pronto llenó de desolación á su madre. Estudiante primero, luego soldado y finalmente ladrón de caminos, llevó una vida difícil de describir con palabras humanas. Robar y asesinar no tenían para él encanto alguno, si no podía cometer el crimen de modo que hiciese sentir su superioridad de espíritu á aquel que caía al golpe de su puñal; y si no podía jugar con Dios y con la muerte, no valía la pena de cometer un crimen.

¿Quién hubiera podido creer que, aun un monstruo semejante, era caro al corazón de Dios? ¡Cuántas veces los avances de la gracia debieron ser rechazados por aquel corazón de tigre! Pero Dios conoce su hora, y conocía también aquella en que aquel corazón debía dulcificarse. Franco lo había perdido todo en el juego, hasta sus vestidos; sólo le quedaba el odio contra Dios. Un día rebelóse contra